

"La desesperanza que inunda el espíritu de Ari cuando comprueba que no le va a resultar sencillo adaptarse a este nuevo ambiente, le sumerge en una vida monótona y aburrida que es fiel reflejo de todo su entorno."



frío en el corazón

Por Luis Alberto Jiménez Acevedo Fotografías: *Gorriones*, dirigida por Rúnar Rúnarsson

Islandia no suele ser un buen escenario para una película, sus paisajes áridos y fríos, con una belleza singular, casi todos rodeados de montañas, con sus aguas heladas en cualquier época del año, no parecen ser el lugar idóneo para desarrollar una historia dura y áspera, como esta, que nos cuenta el difícil paso de la adolescencia a la edad adulta de un joven que se traslada de la gran ciudad a un pueblo costero, donde la vida, el trabajo y la diversión, giran alrededor de la pesca y todo lo relacionado con ella: fábrica de conservas, secaderos, etc. O quizá esos lugares inhóspitos y casi abandonados por la civilización, sean los más adecuados para remarcar, más aún, esta historia de búsqueda de la identidad y esperanza.

La llegada del joven Ari (Atli Óskar Fjaljarsson) a casa de su padre Gunnar (Ingvar Eggert Sigurdsson) es el comienzo de

Gorriones (*Sparrows*, Rúnar Rúnarsson, 2015), una película que se meterá dentro de nosotros, poco a poco, como el frío clima de las tierras islandesas donde se desarrolla, para descubrirnos una etapa crucial en la vida del joven que, tras una existencia tranquila y apacible con la madre en la capital, comienza una nueva vida con un padre al que casi no había visto antes, con unos amigos que han cambiado y le reciben con recelo casi violento, con una antigua amiga que ahora tiene novio y su abuela, la única que le ofrece un poco de cariño y ternura en el inhóspito ambiente al que se ha incorporado el joven.

La desesperanza que inunda el espíritu de Ari cuando comprueba que no le va a resultar sencillo adaptarse a este nuevo ambiente, le sumerge en una vida monótona y aburrida que es fiel reflejo de todo su entorno. Las únicas diversiones de los

habitantes del lugar son ver programas de televisión, reunirse con los amigos y rodearse de bebidas alcohólicas (cervezas, licores y destilados), lo que le sume en una aparente apatía, una frialdad y un encerrarse en sí mismo que le separa de los demás como una puerta entre dos habitaciones.

Los días pasan lentos, los problemas y encontronazos, tanto con su padre como con los antiguos amigos, superan al joven que ha visto como su vida ha dado un cambio radical, pasando de la ilusión que tenía mientras estaba con su madre (que no vemos, pero que se intuye por las conversaciones con ella a través del teléfono) a una apatía y frialdad que recalca con unos prolongados silencios y miradas que el director nos muestra en unos intensísimos primeros planos. Por cierto, Ari es el único de los actores al que el realizador hace primeros planos, como queriendo indicarnos por el calvario y sufrimiento que el protagonista está padeciendo.

Mientras transcurre su día a día, en el fondo de su corazón mantiene aún la esperanza de volver con su madre, pero hasta que eso ocurra debe buscar el afecto, el cariño y el amor dentro de este nuevo mundo que le rodea y que es como un vacío existencial. Para ello retoma una amistad con un antiguo compañero del instituto, intenta acercarse a su amiga de siempre, aún a sabiendas de que ahora no está sola y tiene un novio muy celoso y, lo más importante, desea que la relación con su padre no sea tan distante, pese a que ninguno de los dos pone mucho de su parte por una aproximación, a todas luces casi improbable. Ya que si el progenitor, a veces, parece que inicia un acercamiento, al final acaba metiendo la pata por la apatía, la falta de tacto y sobre todo por el alcohol, el refugio líquido en el que se quiere evadir de la realidad. Por su parte, el hijo, no encuentra la conexión con Gunnar, aunque alguna vez lo quiere intentar con poca suerte, y se va haciendo más y más introvertido.

Las luchas internas del joven entre lo que anhela y la realidad que vive le suponen unas situaciones límite que, a veces, va sorteando con su habitual silencio, su esperanza de salir de ese lugar y con varios encuentros con diferentes personas de su entorno. Todo ello le sume en una cierta melancolía que, en distintas ocasiones, inunda la pantalla acompañada de los primeros planos, antes indicados, y unos silencios intensos para reclamar una búsqueda tanto de afectividad como para encontrarse a sí mismo.

Así van pasando los días de nuestro joven protagonista, entre paseos silenciosos (lo más habitual en él), el contacto con amigos, vecinos o compañeros de trabajo y una pasión que nadie sabe y que era habitual en su otra ciudad: el canto, ya que pertenecía a un coro donde deslumbraba con una potente e intensa voz y que ahora debe practicar en algún sitio secreto con capacidad para envolver sus agudas notas y evitar que sean escuchadas por los habitantes del pueblo.

En el apartado de la interpretación, los dos principales protagonistas Atli Óskar Fjaljarsson e Ingvar Eggert Sigurdsson transmiten al espectador las vivencias opuestas que sufren. Mientras Atli es un canto a la esperanza, a salir de ese lugar al que el destino le ha llevado y lucha, cuando puede y como puede,

contra lo que no quiere que se convierta en una rutina, Ingvar es una demostración de lo contrario, de un hombre derrotado, con pocas ilusiones, que ha buscado refugio en la bebida y no ha podido ganarse el afecto de un hijo que, a veces, parece un perfecto desconocido. El resto del reparto, para mí desconocidos



(como los protagonistas), de nombres impronunciables y casi imposibles de escribir, acompañan a esta pareja en la pantalla como complemento de una historia que el joven director nos ha contado con perfecta técnica, buena fotografía y poco diálogo, pese a ser sólo el segundo largometraje de Rúnar Rúnarsson, también autor del guion.

Entre los muchos galardones que la película ha obtenido se puede destacar la Concha de Oro a la mejor película en el Festival Internacional de Cine de San Sebastián 2015, o los de mejor largometraje y mejor guion en el Festival de Cine de Sao Paulo (Brasil), también en el 2015.

Película que, tras verla, nos deja un sabor agríndice y es un canto a la llamada de auxilio de un joven que quiere salir de la existencia que le ha tocado vivir pero no sabe cómo conseguirlo. Es la esperanza en sus sueños e ilusiones lo que le permite vivir esta transición entre esas dos etapas de su vida que cada persona tiene la obligación de afrontar, la adolescencia y la edad adulta.